

JOSÉ VICENTE ALFARO

EL ÚLTIMO ANASAZI

*El destino de todo un pueblo
dependía de un solo corazón*

Siglo XII. La nación anasazi, caracterizada sobre todo por sus brillantes logros en el campo de la arquitectura y considerada como una de las civilizaciones precolombinas más importantes de América del Norte, alcanza su máximo esplendor tras varios siglos de dominio continuado sobre sus tierras. Sin embargo, en un brevísimo espacio de tiempo, todas sus ciudades fueron abandonadas y su población condenada a desaparecer. ¿Qué pudo ocurrir? ¿Qué factores desencadenaron tan aciago desenlace?

Siglo XVI. Aunque la civilización anasazi lleva largo tiempo desaparecida, Xabel, el último de sus descendientes, idea un descabellado plan para tratar de hacerla resurgir, pese a la enorme dificultad de la tarea. Xabel está convencido de ser un elegido, y, dispuesto a cumplir su cometido, emprende un incierto viaje hasta el corazón del imperio azteca para solicitar ayuda al mismísimo emperador Moctezuma...

Y omnipresente a lo largo de todo el relato, Cíbola, la mítica ciudad de oro que los anasazi ubicaron donde nadie la pudiera descubrir. Ni siquiera los conquistadores españoles dieron con ella, pese a la costosa expedición que organizaron con ese fin.

Para Juanlu, un amigo en el camino.

PREFACIO

Un frío día de diciembre de 1888, un curtido ranchero estadounidense maldijo entre dientes cuando advirtió que unas cuantas reses de su ganado habían desaparecido, mientras las conducía a través de las mesetas de Colorado. Sin dudar, cabalgó en busca de los novillos, internándose a través de un auténtico laberinto de áridas llanuras y cañones abismales. En un momento determinado, el asombrado ranchero alcanzó a divisar desde el borde de un acantilado, en el lado opuesto del cañón y al abrigo de la pared de roca, las ruinas de una antigua ciudad construida en piedra.

El descubrimiento del ranchero animó a los arqueólogos a explorar la región y numerosos asentamientos indígenas fueron localizados, constituyendo la mejor prueba de la existencia de una avanzada civilización extinta en aquellas tierras.

El pueblo anasazi se estableció y floreció en el sudoeste de los Estados Unidos, en la región conocida como «las Cuatro Esquinas», confluencia de los actuales estados de Colorado, Nuevo México, Utah y Arizona, erigiéndose como una de las civilizaciones precolombinas más importantes de América del Norte. El desértico paisaje, de inquietante y sobrecogedora belleza, se caracteriza por sus altas mesetas, cordilleras con perfiles de sierra, profundos cañones y macizos llanos conocidos como mesas. Los ríos son escasos y ninguno de ellos es navegable.

Los anasazi practicaban la agricultura, dominaban el arte de la cerámica y la tejeduría, poseían destacados conocimientos en astronomía, y dejaron grabados incontables dibujos y petroglifos en los acantilados del desierto. Su logro más importante, no obstante, lo efectuaron en el campo de la arquitectura, llegando a construir edificaciones de piedra de hasta cinco pisos de altura, las más elevadas de Norteamérica hasta que surgieron, a finales del siglo XIX, los primeros rascacielos forjados en acero.

Pese a todo, la cultura anasazi nunca llegó a alcanzar el grado de expansión y desarrollo de otras civilizaciones coetáneas —mayas o toltecas— de la América Central.

La historia de los anasazi continúa siendo un misterio hoy en día debido a la ausencia de fuentes escritas. Durante seiscientos años poblaron aquellas tierras hasta que en el siglo XII, encontrándose en el apogeo de su civilización, esta se vino abajo casi de repente, y sus habitantes abandonaron las ciudades y se vieron obligados a emigrar. Durante su última etapa, los anasazi se instalaron en las concavidades naturales de las paredes de los cañones, donde algunos de ellos sobrevivieron hasta su desaparición definitiva a comienzos del siglo XVI.

Tras la conquista de México, los españoles organizaron una expedición al Norte encabezada por Francisco Vázquez de Coronado, con el fin de explorar los territorios anasazi en busca de una legendaria ciudad de oro —Cíbola— de la cual habían oído hablar. No obstante, tras dos años de infructuosa búsqueda, Coronado regresó arruinado y desprestigiado, reconociendo como propio el fracaso de la expedición. Los conquistadores españoles nunca encontraron la mítica ciudad, pese a los cuantiosos testimonios que avalaban su existencia.

El conocimiento que poseemos sobre los anasazi procede fundamentalmente de los restos arqueológicos hallados en sus antiguos asentamientos abandonados, así como de

la tradición oral de los indios pueblo, como los hopis, los zuñi o los tewa, a quienes hoy en día se les considera como sus descendientes.

Se ignora con qué nombre se designaban a sí mismos los anasazi, si bien en la presente novela yo me referiré a ellos como tal. El vocablo «anasazi» significa «los antiguos», y es el nombre que la tribu de los navajo le otorgó a aquel antiguo pueblo constructor de ciudades de piedra.

Se estima que el súbito y enigmático declive de la civilización anasazi no respondió a un solo motivo, sino posiblemente a un conjunto de factores interrelacionados entre sí. Pero... ¿cuáles fueron las razones que llevaron a un pueblo tan avanzado a desaparecer en un espacio de tiempo tan breve? ¿Qué les pudo ocurrir...?

INTRODUCCIÓN

*Finales del siglo XI.
Cañón del Chaco. Territorio anasazi.*

La joven anasazi dejó atrás el recinto amurallado de la ciudad y tomó un sendero que corría paralelo a la pared del cañón. La luz de la luna tendía un velo de claridad y el fulgor de numerosas hogueras se elevaba hacia el cielo. Un centinela que hacía guardia en la terraza del piso más alto la observó partir en silencio. No se inmutó porque sabía perfectamente quién era y ya se había acostumbrado a sus fugaces paseos cuando se abatía la oscuridad.

La muchacha adoraba rezar en un lugar apartado, en intimidad con la Madre Tierra, para agradecer a diario la próspera vida con que había sido bendecida: hijos sanos, un esposo entregado y una honorable posición. La noche era cálida durante aquella época del año. Su vestido de piel de ciervo ondeó al compás de la brisa y sus brazaletes de nácar y azabache tintinearón al ritmo de su grácil caminar. Escasos minutos después dejó atrás el pedregoso sendero y se adentró en una pequeña arboleda de enebros.

Los bosques cercanos habían visto reducida drásticamente su extensión a lo largo de varias décadas de tala incontrolada. ¿El motivo? La obtención de madera para la construcción y como leña para el fuego. Felizmente, aún quedaban varias hectáreas de terreno arbolado en las inmediaciones del cañón.

Aunque no era prudente que fuese sola, el sitio se hallaba muy cerca de la ciudad y no había peligro de ser asaltada por ningún enemigo. En aquel bosque había encontrado su particular santuario de paz, y llevaba meses repitiendo el mismo recorrido y realizando idéntico ritual. El viento silbó en las alturas, entre los acantilados de roca y los desérticos riscos, y un búho de ojos dorados parpadeó sobre la rama de un enebro. La muchacha no tardó en llegar a un claro coronado por una piedra y rodeado de arbustos de amaranto de color carmesí. Aquel era su lugar favorito para ponerse en armonía con su espíritu.

Largo tiempo atrás alguien había pintado en la piedra la silueta del dios de la fertilidad, *Kokopelli*, que adoptaba la forma de un flautista jorobado. La joven anasazi contempló el dibujo, iluminado por el firmamento estrellado que se filtraba entre la arboleda. El dibujo apenas se había deteriorado y todavía se hallaba en un excelente estado de conservación. La muchacha se sentó sobre la roca y aspiró la dulce fragancia que desprendían el amaranto y la artemisa. A continuación cerró los ojos y, cargada de misticismo, murmuró una oración que se fundió con el arrullo de la noche.

No había transcurrido mucho tiempo cuando alguien la abordó repentinamente por la espalda. Con una mano le tapó la boca y con la otra la asió por la cintura, inmovilizándole los brazos. El corazón de la muchacha latió desbocado y un amago de alarido se le murió en la garganta. Asustada, trató de zafarse del individuo que la retenía, pero fue en vano porque la tenía bien sujeta. Quienquiera que fuese, se había deslizado por la espesura sin hacer el menor ruido.

—No te muevas, o te garantizo que no verás el próximo amanecer.

La voz pertenecía a un hombre joven. El tono era inequívocamente frío y desprendía un profundo odio que la

exhortó a obedecer.

—Te soltaré y dejaré que te des la vuelta —añadió—. Pero si gritas, te mataré aquí mismo.

Cuando el hombre la soltó, tal como había anunciado, la muchacha estuvo tentada por un instante de echar a correr. De nada habría servido; estaba segura de que a los pocos metros la hubiese atrapado. Atenazada por el miedo, se giró hasta situarse cara a cara con su asaltante, e inconscientemente retrocedió un paso fruto del temor. El individuo ocultaba su rostro tras una máscara de *kachina*, que debía de pertenecer a una de las *kivas* de Ciudad Chaco. Era el *kachina* coyote. ¿Quién sería ese hombre y cómo se había atrevido a robar un objeto sagrado? Semejante acto de sacrilegio se castigaba con la muerte.

—Túmbate en el suelo —ordenó—. Deprisa.

—No, por favor. Te lo ruego.

Aunque el individuo no portaba ningún arma, la increíble determinación de su voz la impelió a transigir. Sus súplicas no le valieron de nada. Enseguida se le echó encima y le separó las piernas con violencia. Sintió el peso de su cuerpo y el contacto con su piel. Un harapiento taparrabos era todo cuanto el hombre llevaba encima. La joven miró en derredor deseando que alguien la salvara en el último momento, pero no vio más que las retorcidas formas de los árboles en la oscuridad. Después comenzó a sollozar e instintivamente trató de oponer resistencia. Movié la cabeza a uno y otro lado y agitó los brazos en actitud defensiva.

—Si no quieres morir, será mejor que no te resistas —advirtió.

Las palabras surtieron efecto y la muchacha terminó por dejarse hacer. Deseaba conservar la vida para que sus hijos no la echaran de menos. El hombre la penetró y la embistió una y otra vez, abriéndose paso hacia el interior de su cuerpo. La joven se mordió la cara interna de la mejilla y el sabor de su propia sangre le llenó el paladar. Lágrimas de impotencia le quemaban en los ojos.

La máscara de *kachina* ocupaba todo su campo de visión. El *kachina* coyote, bordeado de plumas negras, mostraba afilados colmillos blancos pintados en el morro y unos acechantes ojos relucientes. Extrañamente, percibió que su agresor no estaba poseído por la lujuria, sino más bien por un odio enfermizo. La joven se obligó a dejar la mente en blanco, preguntándose cómo una noche tan hermosa había podido transformarse en aquella espantosa pesadilla.

Algunos minutos después, el desconocido individuo se estremeció cuando alcanzó el clímax y, complacido, se puso en pie jadeando aún por el esfuerzo. Al principio no se movió y continuó observando a la joven a través de las dos diminutas ranuras efectuadas en la máscara de *kachina*. Los aullidos de una manada de lobos resonaron en las alturas de un cerro.

—Dijiste que me dejarías vivir —balbuceó la muchacha, temerosa de que al final el asaltante no cumpliera con su palabra.

—Y así lo haré. Tan solo una cosa más —espetó—. Dime dónde está Cíbola.

—¿Acaso no sabes que el sumo sacerdote es el único que conoce la ubicación de la ciudad sagrada? —Pero al ver que el hombre seguía aguardando su respuesta, replicó convencida—: No sé dónde está. No te miento.

El hombre la creyó y comenzó a separarse de ella. La joven suspiró aliviada. En cuanto se hubiese marchado correría hasta Ciudad Chaco y daría la voz de alarma. Aunque les llevase cierta ventaja, si una partida de guerreros partía de inmediato, muy pronto encontrarían su rastro y acabarían por darle caza.

Entonces, cuando ella ya no lo esperaba, el individuo se despojó de la máscara. La joven, horrorizada, contempló el rostro de su agresor. El hombre exhibió una siniestra sonrisa, sabedor de que al desvelar su identidad se garantizaba el definitivo silencio de su víctima...

PRIMERA PARTE

TOKPELA (EL ESPACIO INFINITO)

«Creemos que el espíritu impregna todo lo creado y que todas las criaturas poseen un alma en algún grado, aunque no forzosamente un alma consciente de sí misma. El árbol, la cascada, el oso gris... cada uno de ellos es una Fuerza encarnada y, como tal, objeto de reverencia».

Sabiduría popular de los nativos americanos.

*Siglo XVI. Año 1514 d. C.
Aldea de Awatovi. Territorio hopi.*

Hacia ya varias jornadas que habíamos emprendido la travesía, tomando como punto de partida mi aldea natal: Awatovi.

La excitación que sentí entonces ante la perspectiva de realizar aquel viaje no había disminuido un ápice, pero tampoco podía negar que el camino a través de aquel paraje semidesértico se me estaba haciendo eterno. Nos desplazábamos a pie, y el sol escupía su abrasador calor sobre la tierra apelmazada, sembrada de cactus y artemisa. Avanzábamos por un territorio de extensión inconmensurable, absolutamente deshabitado desde que se le atribuyese su condición de maldito. Tan solo nos hacían compañía un par de halcones que trazaban círculos en el cielo y las culebras que se deslizaban entre los arbustos, ajenas a nuestra inesperada presencia allí.

Me acompañaban mis padres y mi abuela materna, y si ella no se había quejado pese a las circunstancias adversas, yo tampoco lo haría. Peregrinábamos hacia las tierras que un día poblaron nuestros antepasados, durante su época de mayor esplendor. Desde un punto de vista espiritual, se trataba del viaje más importante que haríamos en nuestras vidas.

Nací hace dieciocho veranos y mis padres me dieron el nombre de Xabel. Desde entonces, no había pasado un solo día sin que me repitieran que yo era especial. Según decían, yo era el último anasazi.

La civilización anasazi, me explicaron, se vino abajo muchas generaciones atrás, y la población superviviente se desperdigó en busca de nuevas tierras que habitar, perdiéndose a partir de aquel momento la identidad de pertenencia a un mismo pueblo. Los anasazi abandonaron sus tierras ancestrales divididos en clanes y grupos familiares,

tomando cada uno de ellos un rumbo distinto. La mayoría se refugió en las concavidades de los acantilados, lugares casi inaccesibles que constituían una defensa natural frente a los potenciales ataques externos. Pero la vida en aquellas condiciones extremas resultaba tan difícil, que con el tiempo algunos de ellos se fueron integrando en el seno de otras sociedades indígenas de naturaleza pacífica. Mi familia provenía de un clan que había logrado sobrevivir de forma aislada durante siglos, hasta que, asediados por las dificultades, sus últimos miembros se unieron a una aldea hopi en la que fueron bien acogidos.

Yo nací en aquella aldea, pero mis padres me recordaban constantemente mi verdadero origen y la estirpe anasazi a la que yo pertenecía. Y por si aquello no fuera suficiente, mi familia sostenía que yo estaba tocado por el Espíritu. Semejante afirmación provenía de mi abuela, quien, poseedora de una sensibilidad fuera de lo común, vislumbró en mí aquella singular condición en cuanto me trajeron al mundo. En esencia, aquello venía a significar que yo estaba dotado de un poder único que me capacitaba para comunicarme con los espíritus de los Antepasados. Y, según me explicaron, nacer bajo aquel signo tan solo sucedía una vez cada muchísimos años. Además, se creía que la persona bendecida con aquel asombroso don estaba llamada a desempeñar un rol fundamental en el destino del pueblo anasazi. El legendario Yuma, conocido por ser el último gobernante de la nación, también nació con aquella extraordinaria cualidad, que nadie más había vuelto a tener desde entonces.

Por todo ello, crecí sintiéndome especial y, por qué no decirlo, diferente del resto. Alguien destinado a lograr grandes hitos y protagonizar épicas aventuras, en lugar de cultivar la tierra como un simple campesino. No obstante, la realidad era testaruda y se empeñaba constantemente en ponerme en su sitio. Lo de saberme tocado por el Espíritu me confundía más que ayudaba. ¿De qué manera se

suponía que mi actuación habría de resultar determinante para el futuro de mi pueblo, si la nación anasazi ya llevaba largo tiempo desaparecida? ¿Por qué había sido entonces bendecido por el Gran Espíritu para asumir una responsabilidad que no podía cumplir? Todas aquellas ideas no dejaban de atormentarme, y ahora lamentaba que mis padres me las hubiesen implantado tan arraigadamente en la cabeza. Sin embargo, ya no podía huir de lo que era, ni tampoco de lo que se esperaba de mí.

—Ya estamos cerca, Xabel. —Mi padre había peregrinado a aquel lugar sagrado cuando tenía más o menos mi edad, y no había olvidado la ruta. Estábamos siguiendo los antiguos caminos anasazi, todavía reconocibles sobre la superficie de la tierra pese a la notable erosión.

Cuando por fin enfilamos el cañón del que tanto había oído hablar a mi familia, la visión que se desplegó ante mí me dejó totalmente perplejo. En la lejanía se distinguían las primeras ciudades: antiguas poblaciones construidas de piedra arenisca que languidecían a merced de las inclemencias del tiempo. Nada que ver con las modestas chozas de paja y adobe en las que las tribus residían en la actualidad.

—El Cañón del Chaco —murmuró mi abuela con un brillo de pasión en la mirada—. El hogar de nuestros antepasados.

Según me habían contado, a lo largo del cañón había más de una decena de ciudades, y en las zonas perimetrales, al menos un centenar de aldeas, de las cuales hoy solo quedaban las ruinas. La escasez de agua había acabado con la agricultura que sostenía a la cuantiosa población.

Mi padre nos condujo directamente hacia el núcleo urbano más importante: Ciudad Chaco, la antigua capital de la nación anasazi.

Yo continuaba como hipnotizado. La metrópoli, en forma de media luna amurallada, había sido erigida al pie del acantilado, y estaba organizada en hasta cinco plantas de

altura. Accedimos al interior por una estrecha puerta y desembocamos en una gran plaza, partida por un muro divisorio alineado de norte a sur. Observé que un derrumbamiento de parte de la ladera del cañón había sepultado un ala del piso más alto. Las plantas estaban emplazadas unas sobre otras, de forma escalonada, de manera que los tejados de las viviendas inferiores servían de terraza para las de más arriba. A lo largo de los diferentes pisos se distribuían cerca de ochocientas cámaras, que habían hecho las veces de residencias, almacenes y sedes gubernamentales, y habían dado cobijo a no menos de dos mil habitantes.

Atravesamos la plaza y nos detuvimos ante una gigantesca *kiva* como nunca antes había conocido. El recinto sagrado excavado en el suelo consistía en un círculo casi perfecto, inmenso, cuyo interior quedaba a la vista porque la techumbre de madera se había podrido tras siglos de abandono. Otra veintena de *kivas* de menor tamaño se hallaban repartidas por todo el núcleo urbano.

Me separé de mi familia y comencé a explorar la ciudad por mi cuenta. Recorrí los habitáculos por cuyas entrañas tantas vidas habían pasado, ahora completamente vacíos salvo por algunos restos de cerámica quebrada y por los dibujos desgastados que aún se intuían en muros y paredes. Me encaramé a la azotea de la primera planta y desde allí imaginé cómo habría sido el latir de aquella población en pleno apogeo: los artesanos y tejedores desempeñando su labor en las terrazas, los sacerdotes rindiendo culto a los *kachinas* en el interior de las *kivas*, los vigías apostados en la zonas más altas, los aldeanos que recorrían grandes distancias para contemplar las danzas ceremoniales que la plaza acogía, y los poderosos gobernantes preocupados por la responsabilidad que suponía regir los designios de la nación. ¿Cómo podía haberse torcido todo de tan mala manera? ¿Cómo había llegado a desaparecer tan repentinamente una civilización que había alcanzado semejante grado de evolución y desarrollo?